CAPÍTULO UNO

Las velas se han consumido por completo y ninguno de los dos se ha molestado en reemplazarlas.

A Maggie no le importa. Le gusta la cocina así, con poca luz, los platos todavía sobre la mesa, la corbata de David ya fuera y colgada del respaldo de la silla, las mangas arremangadas hasta los codos como si estuviera instalándose para pasar la noche en vez de terminando la cena. Afuera, el vecindario hace lo que siempre hace a esta hora: se va quedando en silencio, cuadra por cuadra, las luces de los porches encendiéndose una tras otra como una cuenta regresiva, el aspersor de alguien golpeando rítmicamente contra una cerca dos casas más allá. Es el tipo de calle que su madre aprobó en cuanto la vio, de esas con asociación de propietarios y opiniones muy específicas sobre el color de los buzones. Antes Maggie lo encontraba asfixiante, hasta que, inesperadamente, empezó a parecerle dulce. Seguro. Un lugar que David quería y, por eso, un lugar que ella también había terminado queriendo, una vez que se permitió hacerlo.

—Niña o niño, yo sigo pensando que Sunday —dice David de la nada, y Maggie le lanza un pedazo de pan por encima de la mesa.

—Dijiste lo mismo del partido de la semana pasada.

—Tengo un sistema.

—Tienes una corazonada con una chaqueta bonita.

—No es una corazonada. Es instinto. —Atrapa el pan en el aire y se lo come, completamente imperturbable, sonriéndole de la misma forma que desde su segunda cita, cuando ella todavía esperaba a medias que acabara hartándose de las cenas de su familia y de sus interminables reglas no dichas sobre qué tenedor usar y qué temas evitar. Nunca ocurrió. Si acaso, David se metió de lleno en aquel mundo, aprendió las reglas de su madre mejor que la propia Maggie y desarmó a Eleanor Stockton en apenas dos visitas con nada más que buenos modales y una calma genuina e inquebrantable que hizo que, por primera vez en la vida de Maggie, el mundo cuidadosamente construido de su familia pareciera soportable.

—Los instintos no mienten, Mags.

—Tus instintos decían que los Sox iban a ganar el campeonato en abril.

—Una mala predicción en un historial impecable.

—Dijiste que el traspaso de Herrera iba a ser un desastre.

—Fue un desastre. Durante once días. Después dejó de serlo. Eso no cuenta.

—Todo cuenta. Así funcionan los historiales.

—Qué dura, viniendo de la mujer que ahora mismo se está comiendo mi risotto de ayer.

Ella baja la mirada al plato, atrapada, y él se ríe, encantado consigo mismo de una manera que no la ha cansado ni una sola vez en seis años. Es la satisfacción particular de un hombre al que le gusta estar casado con alguien lo bastante rápida como para seguirle el ritmo.

La cena terminó hace rato, los platos están apartados, y últimamente esta es la parte favorita de Maggie de cualquier noche: lo que viene después, cuando solo quedan la cera de las velas y la mano de David encontrando el camino hacia la curva de su vientre como si estuviera saludando a alguien a quien ya ama. La bebé da una patada, fuerte, justo debajo de su palma, y David vuelve a reírse, igual de encantado que cada vez, aunque ya haya pasado cien veces y vaya a pasar otras cien antes de marzo.

—Ella está de acuerdo conmigo —dice—. Sunday.

—No tiene idea de qué día es. Ni siquiera sabe qué es un día.

—La niña más inteligente del mundo y ya está de acuerdo con su papá. Explícame eso.

—Suerte.

—Genética.

—Eres imposible.

—Te casaste con imposible. A propósito. Delante de testigos. —Se inclina sobre la mesa y la besa sin prisa, como si tuvieran todas las noches del mundo por delante para pasarlas exactamente así—. Hoy cumplimos seis años, de hecho.

—Te acordaste.

—También tengo un sistema para eso.

—Tus sistemas se están volviendo sospechosamente buenos.

—He tenido buen material con el que trabajar. —Su pulgar dibuja círculos lentos y distraídos sobre el vientre de Maggie, y por un momento ninguno dice nada. Solo se quedan allí, en el silencio, entre la cera de las velas, la casa acomodándose a su alrededor y la pequeña y perfecta normalidad de un martes que ninguno tiene todavía motivo alguno para saber que será el último que compartirán.

Maggie sigue riéndose, todavía a mitad de decirle que su sistema necesita ajustes, cuando la puerta trasera sale despedida de sus bisagras.

No cruje. No da ninguna advertencia. Un segundo es una puerta, común y cerrada, y al siguiente simplemente deja de existir, la madera y el metal desgarrándose con un estruendo demasiado grande para las once de la noche de un martes, demasiado grande para su cocina, demasiado grande para cualquier cosa dentro de la arquitectura cuidadosamente construida de sus vidas.

David se levanta de la silla antes de que la mente de Maggie alcance a comprender lo que está pasando, más rápido de lo que jamás lo ha visto moverse, interponiendo el cuerpo entre ella y el ruido sin un solo segundo de vacilación, como si alguna parte animal de él ya hubiera entendido, antes que su mente consciente, exactamente lo que se requería de él en ese momento.

No hay tiempo para tener miedo. Esa es la parte que nadie cuenta, la que ninguna película acierta. El miedo necesita un instante para crecer, una pista de despegue, algún momento de comprensión gradual antes de apoderarse de uno. Aquí no existe ese instante. Solo está lo que ocurre, cayéndoles encima de golpe, más rápido de lo que cualquier emoción puede seguir.

Tres hombres entran por el hueco donde antes estaba la puerta. Tal vez cuatro. El número se deslizará por la memoria de Maggie durante el resto de su vida, sin terminar nunca de fijarse, sin quedarse nunca quieto, por muchas veces que un detective le pida que intente precisarlo.

—¿Dónde está la caja fuerte? —dice uno de ellos, con voz plana, aburrida, como si fuera una formalidad que debe cumplir antes de llegar a la parte para la que realmente vino.

David no responde a eso. David dice su nombre en cambio, una sola sílaba, cortante, una advertencia o una promesa o ambas cosas a la vez, y será la última palabra completa que Maggie le oiga decir.

El bate sale de la oscuridad ya en movimiento.

Está envuelto firmemente en alambre de púas y, durante un obsceno medio segundo, el metal atrapa la luz de la cocina y reluce, casi bonito, antes de estrellarse contra el costado del cráneo de David con un sonido para el que Maggie no tiene palabras, ni entonces ni nunca. Un sonido húmedo y definitivo que pone fin a todo lo que ella creía saber sobre la forma que tendría el resto de su vida. David cae mal, de golpe, sin intentar protegerse, sin extender las manos para amortiguar el golpe, porque ya no queda nada en ese lado de su cabeza capaz de decirle al resto del cuerpo cómo caer.

Sangre y algo peor salpican la pared detrás de él formando un dibujo que Maggie verá, sin querer, detrás de los párpados cerrados durante todo el tiempo que le quede de vida.

Ella no grita.

Más adelante se preguntará por qué. En el hospital, durante los largos meses grises que vendrán, se preguntará por qué el grito nunca salió, y jamás encontrará del todo una respuesta, salvo quizá que alguna parte muy antigua y muy profunda de ella ya había comprendido, en ese instante, que gritar pertenecía a un mundo donde los gritos todavía podían ayudar a alguien.

Una mano se cierra con fuerza sobre su cabello.

Está en el suelo de la cocina antes de registrar que la han tirado hasta allí, la mejilla contra las baldosas que una hora antes estaban tibias por el horno y que ya empiezan a enfriarse. Una bota encuentra su vientre una vez, dos, mientras la voz de alguien grita algo sobre la caja fuerte, las joyas, dónde están, y Maggie no puede responder porque David se *ocupaba* de eso, David siempre se ocupaba de eso, y la palabra ocupaba llega a su mente ya en pasado, y todavía no entiende, no del todo, por qué suena tan definitiva.

Se encoge alrededor de lo único que vale la pena proteger.

No basta. Nunca iba a bastar. Ni su dinero, ni su apellido, ni seis años dedicados a aprender con precisión cómo se rompe el cuerpo humano y cómo impedir que siga rompiéndose. Nada de eso sirve frente a una bota, un bate envuelto en alambre de púas y hombres que claramente ya han hecho esto antes, hombres que se mueven por su casa con la eficiencia aburrida de quien ejecuta un trabajo en lugar de cometer un crimen. Uno de ellos ya está arriba. Puede oírlo: cajones arrancados y vaciados, metódico, sin prisa, como si el tiempo mismo hubiera aceptado ir más despacio y concederles exactamente todo lo que necesitan.

Desde algún lugar que parece muy lejano, Maggie ya puede oler el humo.

El calor llega antes que las llamas. Después aparece el naranja, trepando rápidamente por la pared del pasillo como si tuviera prisa por terminar lo que empezó el bate. Alguien la arrastra, o ella se arrastra sola; de verdad no lo sabe y nunca llegará a saberlo, hacia una puerta que antes daba al jardín que plantó con sus propias manos la primavera en que se mudaron. Las tomateras que nunca cosechará. El enrejado que David construyó mal y con cariño un sábado por la tarde dos veranos atrás, mientras discutían alegremente sobre si estaba nivelado y el perro del vecino los observaba desde la cerca.

Pasto. Pasto frío y corriente, bajo un cielo que se ha vuelto del color equivocado justo donde antes estaba su techo.

David no sale detrás de ella.

Maggie espera. Sigue esperando mucho después de que esperar deje de significar algo, más allá del punto en que la esperanza sigue siendo algo razonable a lo que aferrarse. Mira cómo la luz naranja sube cada vez más contra el cielo negro y escucha sirenas que parecen tardar toda una vida en llegar y después llegan todas a la vez, hasta que un desconocido con uniforme se arrodilla junto a ella diciendo palabras que no terminan de entrarle, y en algún lugar debajo de unas costillas clara y obviamente rotas, algo más se queda quieto. Algo que se movía apenas unos minutos antes y que ya no se mueve. Un terremoto pequeño y privado que nadie inclinado sobre ella puede ver ni medir.

No recuerda la ambulancia.

Despierta dos días después en una habitación que huele a antiséptico y a flores cortadas enviadas por obligación más que por consuelo. Unas máquinas marcan el tiempo con sonidos suaves y pacientes a su izquierda, y al pie de la cama hay un médico que no termina de mirarla a los ojos, la cortesía profesional fallándole de una forma que claramente nunca antes le había fallado. Es joven. Tal vez más joven que ella. Tiene la postura de un hombre que ha dado malas noticias decenas de veces y jamás ha logrado acostumbrarse, y algo en eso, absurdamente, hace que Maggie quiera consolarlo a él en lugar de al revés.

Antes de que diga una sola palabra, Maggie Stockton ya lo sabe.

No existe ninguna versión de lo que vaya a salir de su boca que la deje todavía embarazada. Lo supo en el pasto, bajo aquel cielo del color equivocado, en el instante exacto en que ese pequeño terremoto dentro de ella se quedó quieto y no volvió a empezar. Su cuerpo le dijo la verdad mucho antes de que ningún médico encontrara el valor para hacerlo.

Cierra los ojos y espera a que él lo diga de todos modos, porque al parecer ese es el trabajo ahora, el de ella y el de él. Esperar a que el resto del mundo alcance, despacio, con cuidado, profesionalmente, lo que ella ya sabe, dentro de la aritmética particularmente cruel de una vida que acaba de restarle, en el espacio de quizá noventa segundos, tanto al hombre con quien se casó como a la hija a la que ni siquiera había terminado de ponerle nombre.

—Señora Stockton —dice el médico, aclarándose la garganta, y empieza.

Maggie apenas oye el resto. Ya está en otro lugar, de vuelta en una cocina que ya no existe, viendo a un hombre que ya no existe adivinar, una vez más, que la bebé que ya no existe está de acuerdo con él.

Sunday, piensa, y es la primera vez que el dolor adquiere una forma en lugar de ser solamente un sonido. No será la última.

CAPÍTULO DOS

Cuatro meses son tiempo suficiente para que la gente deje de traer guisos y empiece a traer opiniones.

Maggie ya ha aprendido a reconocer el cambio, la forma en que la compasión tiene fecha de vencimiento y empieza a agriarse hasta convertirse en algo más parecido a la impaciencia alrededor de los noventa días, como si todos a su alrededor hubieran puesto un temporizador silencioso la noche del funeral y desde entonces compararan cada tic con su progreso.

Su madre aparece sin avisar un martes, que Maggie ha llegado a entender es el método de intervención favorito de Eleanor Stockton: presentarse en vez de llamar, para que no haya posibilidad de que le cierren la puerta.

—Deberías volver a hacer algo con las manos —dice Eleanor, dejando el bolso sobre la barra de la cocina como si pensara quedarse un rato, recorriendo el pequeño apartamento con una expresión que claramente se esfuerza por mantener neutral—. Pintar. Bordar. Algo.

—Operaba cerebros para ganarme la vida, mamá. No creo que el bordado esté exactamente a la escala a la que estoy acostumbrada.

—Sabes a qué me refiero.

—Sé exactamente a qué te refieres. —Maggie no le ofrece café. Tampoco un asiento. Una parte pequeña, agotada y mezquina de ella quiere que la visita sea lo más corta posible—. Lo pensaré.

—Hay un grupo de apoyo. El grupo del doctor Bellamy, en el centro, los jueves. Estructurado. Basado en evidencia. —Eleanor saca un folleto del bolso como un mago sacando una carta, ya doblado de tanto haberlo llevado encima durante semanas, esperando el momento adecuado—. Tal vez te ayude estar cerca de otras personas que entienden.

—¿Otras personas que vieron cómo les hundían el cráneo a sus maridos con un bate envuelto en alambre de púas? —Maggie mantiene la voz pareja, casi agradable, porque ha descubierto que eso altera a su madre mucho más que gritar —. Es un grupo bastante específico, mamá. Dudo que el círculo de los jueves del doctor Bellamy tenga suficientes miembros.

Eleanor se estremece apenas, justo lo suficiente.

—No tienes que ser tan cruda.

—No estoy siendo cruda. Estoy siendo precisa. Hay una diferencia, y parece que es justo lo que más le cuesta entender a esta familia. —Maggie cruza los brazos—. Pensaré en el grupo. No prometo nada.

No le dice a su madre que ya sabe que no irá. En cuatro meses ha descubierto que prometer pensar las cosas es un idioma que su familia entiende y acepta mucho más fácilmente que la verdad, que Maggie no tiene el menor interés en sentarse en un círculo de sillas plegables a describir su dolor ante desconocidos siguiendo un horario.

Eleanor termina marchándose. El folleto queda abandonado sobre la barra de la cocina junto a una pila de correo sin abrir que Maggie lleva una semana evitando, casi todo correspondencia del seguro, formularios que exigen un inventario detallado de todo lo perdido en el incendio. Un ejercicio que consiste en catalogar su vida anterior hasta el número de modelo de los electrodomésticos y el valor aproximado de un vestido de novia que nunca volverá a usar para ninguna ocasión que importe. Intentó hacer la lista una vez. Llegó a tres cosas: la cuna que ni siquiera habían armado, el reloj del padre de David, un álbum de fotos de la boda. Después se detuvo, porque en algún punto alrededor del cuarto objeto aquello dejó de sentirse como papeleo y empezó a parecerse demasiado al duelo, solo que disfrazado de algo increíblemente aburrido.

En cuatro meses ha aprendido que el dolor no llega en oleadas como prometían todos los libros. Las olas tienen ritmo: crecen, rompen, retroceden hacia el mar. Hay algo casi misericordioso en esa regularidad, una forma que una persona podría aprender a predecir y para la que podría prepararse. Esto no es así. Esto es estática, constante, un zumbido bajo y continuo debajo de absolutamente todo lo que hace. Cepillarse los dientes. Firmar los papeles para abandonar la residencia, que dejó sobre la barra de la cocina durante seis días enteros antes de obligarse a abrirlos. Quedarse bajo la ducha hasta que el agua se enfría y luego quedarse un rato más de todos modos, porque salir significa

empezar la siguiente parte del día, y todavía no ha encontrado ninguna versión de la siguiente parte de ningún día que de verdad quiera empezar.

Y entonces, sin aviso, la estática afila los dientes. Casi siempre a las dos de la madrugada. Casi siempre en el instante en que su mano encuentra la mitad vacía de la cama antes de que su mente recuerde por qué está vacía, ese medio segundo de búsqueda antes de que llegue la memoria y vuelva a cerrarle la puerta en la cara, noche tras noche, como la repetición más cruel imaginable.

Ya ha dejado de buscarlo con la mano. Casi siempre.

El apartamento es pequeño, anónimo y exactamente lo que le pidió al agente inmobiliario tres semanas después del incendio, de pie en una oficina que olía a café quemado, pronunciando en voz alta la palabra «anónimo» como si fuera una característica real que pudiera solicitarse de una lista. Sin porche envolvente. Sin jardín plantado por ella misma. Sin una habitación que iba a ser el cuarto del bebé antes de convertirse en cenizas, antes de que el inspector de incendios la guiara entre los restos con un portapapeles y una expresión cuidadosamente neutral, catalogando pérdidas que ella no fue capaz de enumerar en voz alta ni siquiera para él.

Su familia lo llama «el lugar de transición», como si Maggie estuviera suspendida entre dos versiones de una vida que todavía existen en alguna parte, completas, esperando pacientemente a que vuelva a meterse en la que prefiera. Como si una transición implicara necesariamente un destino. Como si en algún lugar siguiera en pie una versión de su antigua vida, lista para volver a ser ocupada como una casa con los muebles cubiertos por sábanas.

No piensa volver a ninguna de las dos.

La carta confirmando su retiro de la residencia estuvo seis días sin abrir sobre la barra de la cocina antes de que finalmente la leyera, la preocupación cuidadosa y profesional del director del programa envuelta en frases sobre permisos de ausencia y puertas que permanecían abiertas, como si seis años de semanas de ochenta horas y un bisturí lo bastante firme como para confiarle el interior del cráneo de otra persona fueran algo que pudiera simplemente poner en pausa y retomar según un calendario que encajara con su recuperación, como una membresía del gimnasio. La leyó una vez. No sintió absolutamente nada, y eso la asustó más de lo que habría hecho sentir algo. Después dejó encima un vaso de vino medio vacío para impedir que el papel saliera volando cuando dejaba la ventana entreabierta, y desde entonces no ha tocado ni la carta ni el vaso.

Últimamente empieza a beber alrededor de las cuatro de la tarde casi todos los días. No lo suficiente como para ponerle nombre, todavía no, no lo suficiente como para justificar la clase de intervención que las cuidadosas visitas de su madre parecen ir preparando con sus folletos, sus grupos de apoyo y sus sugerencias amables e implacables. Solo lo suficiente para que la estática baje el volumen. Solo lo suficiente para poder mirar sus propias manos, tan firmes como siempre, inquietantemente firmes, sin pasar los siguientes veinte minutos pensando en todo aquello que esas manos antes eran capaces de hacer y en todo lo que, aquella noche, no lograron proteger.

Esta noche es un bar a tres pueblos de distancia, el tipo de lugar donde nadie de su antigua vida entraría por voluntad propia, y precisamente por eso le atrae. Bancos de vinilo agrietado. Una rockola que no se actualiza desde antes de que ella naciera. Una camarera con más tatuajes de los que Maggie tiene cicatrices, lo cual últimamente ya es decir mucho, que sirve sin hacer una sola pregunta de seguimiento. Maggie ha llegado a entender que eso es lo más parecido a la misericordia que este rincón del mundo tiene para ofrecerle ahora mismo.

Aquí nadie sabe que antes era la doctora Stockton. Nadie la mira como si pudiera hacerse pedazos si no eligen las palabras con suficiente cuidado, como hace ahora todo el mundo de su antigua vida, incluso los padres de David cuando consigue obligarse a cenar con ellos, todos tratándola como algo que se rompió hace poco y fue reparado a un costo enorme, algo en lo que ya no conviene apoyar ningún peso.

Le gusta así.

Pide una copa y luego una segunda, y trabaja con la misma disciplina que antes reservaba para preparar exámenes y perfeccionar técnicas quirúrgicas en no pensar en la mano de David, cálida sobre su vientre. En no pensar en una fecha de parto en marzo a la que nunca llegará una bebé que disfrutaba contrariando las predicciones de todos excepto las de su padre. En no pensar en un futuro entero, concreto, ya medio planeado entre muestras de pintura para la habitación

del bebé que todavía están dentro de una caja en el garaje de su madre, un futuro que fue borrado de una pared de cocina que ella jamás volverá a ver en pie.

Casi lo consigue.

Lleva tres tragos y avanza con constancia por el cuarto, mirando la luz ámbar atravesar el vaso y pensando absolutamente en nada, algo que se ha convertido en su propio tipo de logro, cuando la puerta del bar se abre a su espalda y deja entrar una ráfaga de aire nocturno más fresco y varias voces que todavía no reconoce, que todavía no conoce y que todavía no tiene ninguna razón para sospechar que están a punto de convertirse en lo único que se interpone entre el resto de su vida entumecida y estática y aquello que, aterradoramente, viene después.

No se vuelve. Pide un quinto trago, mantiene los ojos sobre la luz ámbar y todavía no sabe que está a punto de dejar de ser invisible.